



1950
AÑO DEL
CENTENARIO
DE LA
BANDERA DE CUBA

LA BANDERA DE NARCISO LOPEZ

POR

MANUEL SANGUILY Y ARIZTI

COMISION INTERAMERICANA ORGANIZADORA DEL CENTENARIO

Duplicado

SOCIEDAD COLOMBISTA PANAMERICANA
1850 - AÑO DEL CENTENARIO DE LA BANDERA DE CUBA - 1950

L A B A N D E R A

de

NARCISO LOPEZ

por

Manuel Sanguily y Arizti



LA HABANA
1950

LA BANDERA DE NARCISO LOPEZ

por

MANUEL SANGUILY Y ARIZTI

Cediendo a la enaltecida invitación que me hace la Sociedad Colombista Panamericana —institución continental de cultura, de sólidos prestigios— le brindo ahora una sencilla y rápida relación de datos históricos de la bandera —este año centenaria— que encarbó en Cárdenas el General Narciso López, en su primer desembarco en tierra cubana, el 19 de mayo de 1850, fallido principalmente por carencia de las necesarias firmes conexiones con elementos locales y, sobre todo, de ambiente popular, y al que reviste de aspecto novelesco su misma extraordinaria audacia; y también se la ofrezco de los preparativos y las fantásticas peripecias de la intrépida expedición que la trajo a Cuba. Y no tiene más explicación aquella amistosa solicitud que recibí, que la circunstancia, honrosísima para mí, de haber poseído y conservado durante largo espacio de tiempo, por nunca atenuada añoranza del alma, ese augusto y señero pabellón de la nacionalidad cubana.

La conmemoración que con repetidas muestras de respeto se está efectuando ahora del centenario de la bandera cubana por elementos oficiales y diversos sectores de la pobla-

ción, propició, por disparidad de criterios mantenidos —al cabo subjetivos— la consideración de dos fechas para tan importante festividad: la de 1849, en que se concibió y trazó el diseño de la que, andando el tiempo, sería enseña nacional consagrada por el sacrificio y por la muerte; y la del año 1850, en que llevada por manos viriles y férreas voluntades, y sostenida entre sangrientas acometidas, flotó la insignia definitiva, por vez primera, en suelo de Cuba, sugerente y bella, como anunciando al mundo, en esa inicial vigorosa conmoción revolucionaria, y como promesa de libertad y esperanza de redención, que bajo su sombra reparadora surgiría, en el devenir de los años y por decisión de un pueblo indómito, una nueva y feliz República en América.

Y ciertamente que se destacan, en la pugna, dos hechos distintos en significación y valoración históricas, aunque sin duda también, de recordación y exaltación iguales para el patriotismo y la devoción de los cubanos; porque en 1849, en efecto, un grupo de meritísimos compatriotas, reunido en torno de la recia personalidad del Gral. Narciso López, concibe y diseña un proyecto de bandera, en papel primero y en pequeño lienzo después, que obra hoy este último en el Palacio de la Presidencia, y que no participó jamás, que se sepa, —sin duda por sus peculiares inadecuadas dimensiones— en ningún empeño de emancipación, ni tremoló tampoco en asta alguna, representando únicamente el hasta entonces intrascendido anhelo de aquellos conspiradores; y aun-

que algunos pocos ejemplares, confeccionados de acuerdo con las características del referido proyecto, flotaron, según se ha afirmado, en edificios de New York, a modo de ensueños perdidos en la inmensidad de la urbe indiferente y fría, carecieron también, para la posteridad y para la crítica, de respaldo histórico; y en 1850 contemplamos, por el contrario, una verdadera bandera, de tamaño apropiado, que igual al diseño de 1849, fué sacudida por ráfagas de tempestad, retando, como signo de ideal libertario, a un poderío terco e incommovible, porque ella representaba, en actividad temeraria y para gloria de tantos que propugnaron esa arriesgada empresa, una idea santa y una renunciación absoluta y definitiva —que por doquiera a su paso proclamaba— al bienestar, a la felicidad y a la vida. Es decir, que en 1849 estábamos en presencia de algo, en cuanto a hechos, todavía embrionario; de cosa, por aun lejana, sin perfiles definidos; de lo incierto y, por lo mismo, hasta de lo utópico, ya que teníase que resolver previamente, como incógnita terrible, la realidad, positivamente difícil, de organizar y financiar el esfuerzo final. Por eso, precisamente, hasta aquel momento, y no obstante tratarse de hombres de resoluciones admirables y de arraigadas convicciones, la pequeña bandera de 1849 y las otras —sus reproducciones diseminadas en quietud— nada podían significar ni ofrecer todavía. Y en cambio, la hazaña de 1850 abrió el surco del sacrificio y del dolor, del heroísmo

y del desprendimiento; ejemplarizó por el denuedo y el desprecio a la vida, dejando fija para siempre, en la continuidad de la Historia, en rúbrica de sangre, la estrella solitaria; porque ella había ondeado, antes que ninguna otra, en la patria irredenta, haciendo suyas sus desventuras, al prometerle un porvenir más afortunado; porque entonces se identificaron Cuba y su bandera en eslabón indisoluble, por la suprema representación material y espiritual que ya ésta había adquirido del territorio de la Isla y de la aspiración de su libertad y su ventura. Y así se fundieron ambas, como al resplandor de distante apoteosis, al armonizar en singular instante un gemido de desesperación y un hálito de esperanza.

Por esas y otras consideraciones pudieron los representantes de los tres departamentos insurreccionados, proclamar en Guáimaro, en 1869, como bandera de la República, la que desembarcó el General Narciso López en Cárdenas, el 19 de mayo de 1850, que se halla hoy en el Senado; porque para esos varones esclarecidos, como debe serlo también para la justicia de la Historia, a partir de entonces, y no antes, tuvo ella simbolismo y vigencia.

Mediaba el siglo XIX. Los primeros atisbos de la inconformidad cubana con el régimen colonial establecido en esta isla, se precisaban. Las deportaciones sucedieron a la vigilancia y persecución de los nativos más señalados en la aspiración de la libertad, y en el extranjero —particularmente en los Estados

Unidos— se formaron, consecuentemente, núcleos de conspiradores que pronto se trocarían en precursores de la rebeldía y del sacrificio. En Nueva York, por ejemplo, se encontraron destacados compatriotas que asumieron una responsabilidad histórica, al convenir y preparar allí la primera organización para emancipar a Cuba de España.

En una modesta casa de aquella metrópoli norteamericana, situada en la calle Howard número 39, cerca de Broadway, en que vivía el General López, se registró el hecho, de tan grato recuerdo para los cubanos, de haberse discutido varios diseños con el propósito de crear una bandera que fuera emblema y guía de esa causa de luchar contra el poder español en Cuba, cuando el propio discutido General, al servicio voluntario de la misma, proyectaba la primera expedición revolucionaria.

Eran allí contertulios Juan Manuel Macías, Miguel T. Tolón, Cirilo Villaverde, Gaspar Betancourt Cisneros (El Lugareño), Pedro Agüero, José Sánchez Iznaga, "de abolengo revolucionario", y otras distinguidas personas, y fué convenido por el General Narciso López, Macías, Tolón y Villaverde, al cabo de discrepancias y discusiones alrededor de la forma de combinar los colores rojo, azul y blanco, el boceto a que habría de ajustarse la bandera de la patria cubana. Y cúpole al inspirado bardo Tolón el privilegio de trazarlo en un papel; y el de confeccionarlo en género,

después, a la esposa de éste, la entusiasta y benemérita Emilia Tolón.

Aquellos cuatro inolvidables conspiradores que, por inspiración bendita, dieron a Cuba el trazo de su bandera, adoptaron, para componerlo, los colores antes indicados, porque éstos "son los emblemáticos de los países liberados", y como todos ellos eran masones, resolvieron colocar una estrella solitaria en un triángulo, lo que significa en la Masonería "Unión", y apartándose de las reglas de la Heráldica, desistieron del color azul y optaron por el rojo para el referido triángulo —a instancias de López— porque dicho color recordaría los mares de sangre que se derramarían antes que la estrella pudiera llegar a su puesto; es decir, a la conquista del ideal concebido. Acordóse también entre ellos, que la bandera tuviese tres franjas azules, simbólicas de los tres departamentos en que estaba dividida la isla de Cuba; y fué el propio General López quien indicó, en la colocación de las mismas, que las de los extremos fueran azules, atendiendo a razones de visualidad.

Un año después, y tras graves dificultades de medios y de organización, que se vencieron al fin por la perseverancia indeclinable y la energía de carácter del General López, unidas a la decisión y a la generosidad de algunos pocos patriotas cubanos y de entusiastas norteamericanos, quedó lista la expedición que desembarcaría en Cárdenas el 19 de mayo de 1850, desafiando la orgullosa potestad

de España, al enarbolar en ese puerto de la isla, por primera vez, la bandera de la estrella solitaria que, por lo mismo, se denominó "Primus in Cuba".

En los meses iniciales del año 1850, en efecto, visitó el General Narciso López al famoso General americano John Quitmann, en Jackson, Estado de Mississippi, para invitarlo a ponerse al frente de la empresa revolucionaria que él preparaba para emancipar a Cuba del yugo metropolitano. El General Quitmann, más precavido y sin duda carente de su entusiasmo, rehusó la sugerencia, al brindarse, sin embargo, para una oportunidad posterior, alegando la conveniencia de que la revolución estuviese antes iniciada por los cubanos. "El movimiento revolucionario, dijo, lo justo es que parta del propio pueblo cubano. Disparado el primer tiro y derramada la primera gota de sangre, sería legítimo acudir y yo acudiría en su socorro, autorizado por el Gobierno o como simple particular".

El General López, por el contrario, siempre lleno de pasión, pudo organizar —desplegando asombroso dinamismo— un contingente en Nueva Orleans, auxiliado, entre otros factores influyentes que simpatizaban con su causa, por el General Henderson, también norteamericano, y por el propietario del periódico local "The Delta", Lawrence J. Sigur. La expedición se componía de unos 600 hombres, del vapor "Creole", mandado por el Capitán Lewis, del bergantín "Susan Loud" y de la barca "Geor-

gina Lincumbily". Partieron del referido puerto del Golfo de México las dos últimas aludidas unidades de la expedición, el 25 de abril y el 2 de mayo de 1850, hacia las islas Mujeres, a no mucha distancia de Yucatán. Allí se reunieron aquellos intrépidos confabulados, con el General López, transbordándose todos al "Creole".

Tomaron definitivamente rumbo a Cuba —no sin antes registrar la desertión de 42 legionarios que utilizaron, en su arrepentimiento o su inconsistencia, al "Susan Loud" y a la "Georgina Lincumbily", apresados poco después por el veloz buque de guerra español "Pizarro", — y tras largo recorrido que había dejado estela de blanca espuma, tan frágil como lo fué esa primera ilusión, apareció aquel barco fantástico frente a Cárdenas, el 19 de mayo de 1850, al despuntar nueva aurora en las esperanzas cubanas.

A tal punto sería vigorosa la acometida de los invasores, que a las pocas horas se habían rendido la plaza y la guarnición de la Cárcel, y eran prisioneros del General López, el Gobernador Florencio Cerutti y otros oficiales. Sin embargo de ese triunfo temerariamente logrado, que pudo haber derivado consecuencias halagüeñas para los atacantes, la expedición quedó fracasada en sus empeños por no haber tenido eco su clarinada vibrante en la población nativa. Un solo individuo, según se ha afirmado, respondió a la demanda. Fué Felipe Gotay, y era puertorriqueño!

Esa realidad y la llegada de numerosos refuerzos españoles, decidieron la vuelta de los denodados expedicionarios, después de haber permanecido 16 horas dueños de Cárdenas y no sin cerrar sangrientamente el día con un valeroso combate entre el Regimiento "Kentucky", enarbolando la gloriosa bandera "Primus in Cuba", que se impregnó de pólvora, consagrándose para la posteridad, y una nutrida fuerza de caballería española de Guamacaro, que fué destrozada. Allí, al decir de los narradores, fué herido el impetuoso Coronel y poeta irlandés Theodore O'Hara, que iba al frente del Regimiento "Kentucky".

Los componentes de la expedición eran, casi en su totalidad, aventureros norteamericanos; figurando también en ella, algunos de otros países; y tan sólo contó en sus filas un grupo ínfimo de cubanos: Juan Manuel Macías, José Sánchez Iznaga, Ambrosio José González, —primer expedicionario herido— Francisco Javier de la Cruz y José Manuel Hernández; y hubo quien asegurara, sin comprobación, que se sepa, que estuvieron presentes un sobrino del General López, nombrado Pedro Manuel López y el poeta Leopoldo Turla.

El "Creole" fué perseguido tenazmente, al regreso, aunque sin fortuna, por el "Pizarro", ganando al fin las costas norteamericanas. Se dice que al arribo del barco expedicionario a Savannah, fueron detenidos el General López y sus acompañantes y pronto libertados, así

como confiscada la propia nave por infracción de las leyes fiscales.

En Nueva Orleans se prepararon diversos agasajos a los expedicionarios. Entre ellos se destacó la fiesta que le ofrecieron al General López distinguidas señoritas cubanas y de la localidad, en la cual fué exhibida la simbólica bandera de la rebeldía y la esperanza, colocándosele un rótulo en caracteres negros que dice: "PRIMUS IN CUBA, 1850".

Ese rótulo y la bandera quedaron en manos y propiedad del Coronel Juan Manuel Macías, patriota de bien ganados prestigios, que había disfrutado a plenitud de la confianza del General Narciso López, a extremo de haber sido su Ayudante en aquella insólita expedición guerrera, y de merecer, por lo mismo, ese recuerdo tan valioso. El repetido rótulo pasó a poder de mi padre, muchos años adelante, por deferente obsequio del Coronel Macías; así como importantísimos documentos de destacados precursores de aquella época agitada y sombría, conservándolos yo en la actualidad con otras muchas reliquias históricas.

La bandera, que es de seda y mide dos metros de largo por uno de ancho, ostenta, como pruebas fidedignas, una inscripción en la estrella, con tinta imborrable, que dice "Kentucky, Primus in Cuba, 19 de mayo de 1850", que fué estampada por los voluntarios de ese Estado de la Unión, que al mando del Coronel O'Hara, la condujeron con tanto atre-

vimiento en la invasión y en los combates; y en el triángulo y en las franjas blancas se lee un gomígrafo en estos términos: "J. M. Macías, 19 de mayo de 1850".

Por cierto que, sin duda por error, se ha sostenido y repetido que había sido un Regimiento de Louisiana, y no de Kentucky, quien trajo a Cuba la bandera.

Juan Manuel Macías, que residió en los Estados Unidos muchos años después de los fracasados intentos guerreros del General Narciso López y de su ejecución en La Habana, en 1851, y que tomó parte activa en todas las conspiraciones posteriores, hasta la guerra de 1868, conservó con fervor y con orgullo la bandera expedicionaria de 1850, habiéndola facilitado muy contadas veces y tan sólo para prestigiar actos patrióticos de los cubanos en la emigración. Así, en efecto, fué exhibida en distintas ocasiones por el Comité Revolucionario Cubano de Nueva York, que presidía Emilio Agramonte. Y al morir en la propia ciudad, en 1877, el más generoso, el más sufrido y resignado representante de una gran generación de cubanos, Francisco Vicente Aguilera, que encarnó cuanto de noble puede albergar el corazón del hombre, fué cubierto su ataúd, durante el tiempo que estuvieron tendidos sus despojos en el Palacio del Ayuntamiento (City Hall) de la indicada ciudad, por la misma bandera que guardara el Coronel Macías, y por espontánea determi-

nación de éste, al hacerse cargo de organizar aquellos sencillos pero imponentes funerales. Tanto alcanzó el prestigio de Aguilera, aun entre los propios norteamericanos —admiradores también de sus desvelos patrióticos y de su hombría de bien— que, para honrar su memoria, fué esa la “primera vez en la historia de la ciudad de New York que el Salón de Gobernadores de su Casa Consistorial abría sus puertas para admitir el cadáver de un extranjero”.

Tal parece como que el destino le reservaba a esa ilustre enseña —pródigo con ella— más grande significación histórica y mayor gloria todavía, como si no hubiesen sido bastantes su augusto simbolismo y la trascendencia de su breve pero borrascoso tremolar bajo el cielo de Cuba.

Juan Manuel Macías murió en tierra cubana muchos años adelante, suspirando siempre por la aún muy distante hora de la independencia de la patria, y dejó a su hija, la señora Alicia Macías y Brown viuda de Touceda, como lo mejor de su patrimonio, esa reliquia tan suya, que él, como celoso guardián, conservó, porque en ella se compendaban sus más generosos ensueños, entre palpitaciones de su propio corazón.

La hija de Macías quiso patentizar su preferente estimación al Presidente de la República, el Mayor General Mario G. Menocal —representativo sobresaliente del valor antiguo y de la hidalguía criolla— donándole la bande-

ra por Escritura número 157, otorgada en 14 de agosto de 1918, ante el Notario Público de esta Capital, Doctor Alberto Jardines Navarrete.

Y un día invernal del año 1921 —era el 4 de febrero— fué entregado en su domicilio a Manuel Sanguily, para su sorpresa y satisfacción, un sobre oficial de la Presidencia, conteniendo una carta del Secretario Particular del Presidente Menocal, señor Guillermo de Blanck, enviándole una copia de la Escritura de donación antes mencionada, de la señora Alicia Macías viuda de Touceda, y en esa carta le decía: “El General Menocal se complace en obsequiar a usted, a la vez, con esa reliquia histórica, sabedor, por otra parte, de que posee usted documentos y objetos del propio patriota que inició la primera revolución cubana, a cuyo efecto en paquete aparte envió a usted la bandera de referencia”.

Dos días después Manuel Sanguily manifestaba al señor de Blanck, en contestación y también por escrito: “Debo decirle que he recibido obsequio tan valioso como inesperado con tanta sorpresa como agradecimiento a la distinción inmerecida con que ha querido honrarme el señor Presidente; y así le ruego que se sirva expresarle, en nombre mío, mi reconocimiento a su enaltecida deferencia”. Y es digno de destacarse ahora, en justificación y enaltecimiento del anterior obsequio, que entre el General Menocal y Manuel Sanguily

medió siempre elevada estimación y cordialísima amistad.

Al morir mi progenitor, el 23 de enero de 1925, —fecha esta que abrió larga y densa noche para mi espíritu— me vi en posesión y propiedad de tan inapreciable reliquia de nuestra historia.

Y por la circunstancia de haber sido mi padre Senador y Presidente del Senado en las primeras etapas de vida nacional, y en mi deseo, por lo mismo, de testimoniar en forma elocuente mi alta consideración personal a ese organismo legislativo, decidí donarle y le doné, en forma graciosa y solemne, esa bandera ilustre, ya que se trataba de algo de excepcionales quilates históricos, para que fuera conservada a perpetuidad en su Salón de Sesiones, en recuerdo de aquél que lo prestigió con los fulgores de su patriotismo, su sabiduría y su elocuencia.

Por Escritura número 327, otorgada ante el Notario Público de La Habana, doctor Emeterio S. Santovenia, el 12 de diciembre de 1944, quedó consumada la donación por la que, de mis manos, pasaba tan sugerente reliquia a la custodia y conservación del Senado, para que ella, por su singular significación histórica, formara parte del patrimonio de la República. Y esa donación está sujeta a la única condición "de que la expresada enseña sea conservada adecuadamente en el Salón de Sesiones del Senado de la República, en la in-

telección de que, si en cualquier momento dejara de estarlo en el lugar indicado, la propia donación quedará revocada y, por consiguiente, sin efecto ni valor alguno". Y el 14 de diciembre de ese año de 1944, el Senado celebró una sesión extraordinaria para recibir la veterana bandera de 1850, con esplendor inusitado.

Una sola vez fué exhibida aquella bandera en Cuba, al menos mientras me perteneció. Fué, precisamente, la víspera de hacer su entrega al Senado y en un acto patriótico celebrado al efecto en la por muchos motivos prestigiosa *Academia Baldor*, de esta Capital. En ese superior plantel de enseñanza, al que me ligan vínculos inolvidables y que es honor para la República, quise que la venerable enseña ejerciera, objetivamente entonces, su benéfica influencia, mediante la adecuada reseña y la inmediata contemplación, en el alma fácilmente impresionable y sana de los educandos.

La crítica histórica ha dicho ya mucho sobre Narciso López, sus ideas y actividades. Cualquiera que sea el veredicto de la Historia en cuanto a los propósitos por él perseguidos a través de sus empresas, cabe reconocer —tan sólo para su explicación— que eran aquellos tiempos del medio siglo décimonono en la parte sur, sobre todo, de los Estados Unidos, donde el porfiado venezolano planeaba sus proyectos con mejores conexiones, y aún en Cuba, en que eran al momento desco-

nocidas las aspiraciones colectivas, no muy propicios para engendrar ideas de libertades absolutas, si ellas, además, de existir, debían y tenían que adulterarse por la pernicioso influencia de instituciones esclavistas predominantes, crueles en tan alto grado como tentadoras por sus pingües utilidades; por lo que su ambiente y su idiosincrasia lo movían en peregrinar incierto y confuso, pero siempre adelante, ya aspirando tal vez realidades utópicas, para someterse, al cabo, indefectiblemente, con renunciación de un posible ideal mejor, a apoyos y presiones absorbentes y decidoras.

Porque Narciso López, en su vida pública y revolucionaria, ofrece desorientación evidente de ideología y, en congruencia, cambios radicales y violentos de posturas que se tradujeron en apreciables modificaciones de sus proclamas como caudillo rebelde, al desafiar, casi solo, al poder español en Cuba. De las de 1850, cuando se lanzó a la primera singular empresa, a las de 1851, en que en aventura mortal fijaba su postura insurreccional, se observa, evidentemente, que se mitiga su cerrada declaración anexionista del principio, reconociéndose en el pueblo cubano albedrío en la decisión entre la independencia y la incorporación a la unión de Estados norteamericanos; esto es, que por circunstancias no fáciles de precisar, se opera en él una variante fundamental en la orientación política, que lo sitúa a menor distancia que antes, dentro de una

rigurosa discriminación histórica, de la idea del gobierno propio para la isla de Cuba.

Pero aquel tiempo retrógrado y ominoso no permitía, por otra parte, mucho más en hombre como él. Sin ambiente favorable dentro de Cuba, en que no habían germinado lo bastante, en el orden del sentimiento y las ideas, los sabios principios, por claros varones sustentados, tendientes a propiciar en la conciencia colectiva la dignificadora forjación del concepto y del anhelo de la nacionalidad propia por sobre toda otra condición subalterna y denigrante, e impresionado vivamente por las influencias de poderosos intereses extraños, no por cierto a la sazón al servicio exclusivo de las más nobles concepciones de justicia humana, conformáronse sus pensamientos en estrecho marco de fuerza y emoción, determinando sus desastrosos empeños ulteriores.

Una rápida y desapasionada revisión de la conducta política de Narciso López permite observarlo, en efecto, en relación a España, indeciso primero y combatiendo luego a las gloriosas legiones suramericanas que peleaban por la libertad de los pueblos oprimidos; Senador del Reino, más adelante, aunque inconforme, al cabo, del régimen español y hasta rebelde; conspirador, en definitiva, en Cuba, y, a la postre, revolucionario lleno de pasión, hasta morir oscuramente en vulgar ejecución. Y ya dentro de esta última etapa de su evolución mental y moral, anexionista

irreflexivo para transformarse, en las postrimerías de su carrera atormentada, en un propugnador de la patria libre.

Y esas mismas ideas y tendencias de anexionismo peligroso y depresivo perduraban en Cuba mucho tiempo después de las hazañas de Narciso López, como ecos todavía sonoros del pasado lleno de confusión y de brumas, pero asfixiantes en verdad para las generosas aspiraciones emancipadoras de los cubanos. La honda duda que del éxito final de la Revolución de 1868 guardaban sus inmortales iniciadores y principales responsables, y la conveniencia que apreciaban, por lo mismo, de aceptar cualquier solución en la desigual contienda armada que sostenían con España, que no fuera la vuelta al ya insufrible coloniaje, determinaron a los asambleístas de Guáimaro, en 1869, —a 18 años de la muerte de Narciso López— interpretando una instancia presentada al efecto por insignes compatriotas en abierta y gloriosísima rebeldía, a solicitar de los altos poderes de los Estados Unidos la anexión de Cuba a aquel país; documento que, para suerte de nuestra patria, no llegó a su destino. Y todavía mucho después, y ya en el disfrute de feliz independencia, cayó la República por actos proditorios... la intervención de los Estados Unidos había sido solicitada oficialmente, a modo de reminiscencia del viejo anexionismo, antes que transar la paz honrosa entre cubanos!

Narciso López, en resumidas cuentas, no fué más que un luchador, y más que todo, un bravo peleador, en que no intervinieron, para domarlo y encauzarlo, la razón serena o la genial inspiración que suelen acompañar en sus triunfos o consagraciones a los más grandes guerreros de la historia. Por eso de él se ha podido sostener con autoridad y con acierto, que "fué más activo que reflexivo; más predominantemente emotivo e impulsivo. Desde la adolescencia no hizo más que pelear, y su iniciación en la carrera de las armas se debió a un estado moral que decidió su destino. Maduróse en las guerras americanas, que fueron guerras civiles, y en la guerra carlista y las violentas contiendas de los partidos de España. Era pues y no podía ser más que un combatiente, un guerrero del tipo español, un paladín de la raza y de la escuela del Campeador de la leyenda y el viejo cancionero".

Al General Narciso López habrá que reconocérsele, en sereno enjuiciamiento, dos hechos sobresalientes para inmortalizarlo en la Historia de Cuba: haberle dado una bandera a los cubanos, que sería emblema de gloriosa libertad y motivo de perdurable orgullo, y abrirles, por el ejemplo del sacrificio de la propia vida, y entre abismos y tempestades, los caminos únicos a seguir para el logro de la emancipación definitiva.

Este año que corremos —1950— registra la efemérides, por tantos con sinceridad festejada, del centenario de la bandera de Narciso

López. Ella hace evocar, con júbilo de corazón o recogimiento piadoso, tantas fechas ilustres que brillantan con destellos impercederos el camino fragoroso por donde, a muy dura costa, el pueblo cubano ascendió a la cima del ideal; que permiten recordar, para ejemplo de los hombres de hoy y de mañana, medio siglo de incesante y magnífico batallar para suplantarlo por una República honesta y cordial, la Colonia opresora y obstinada.

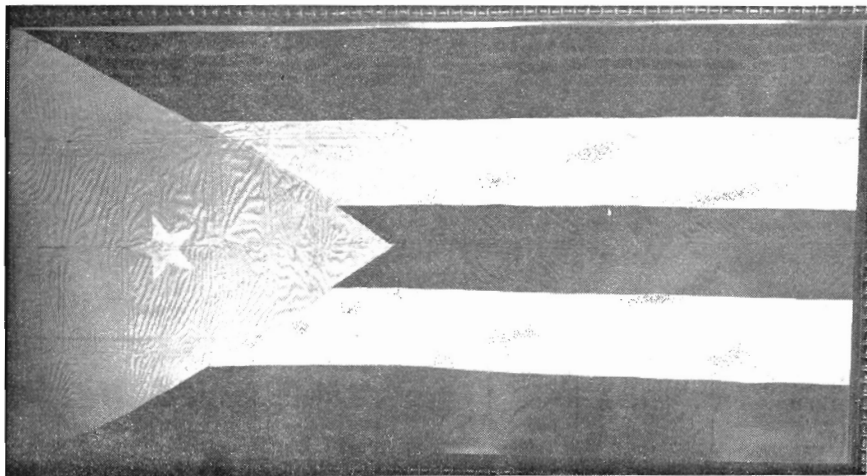
Virtudes inmarcesibles alzaron al tope del asta, el 20 de mayo de 1902, la bandera polvorosa y ensangrentada que había mostrado a lo largo del áspero recorrido, en señal de magnificencia histórica, jirones chamuscados por el fuego de los combates, proclamando a todos los vientos, con el martirio de varias generaciones de cubanos, el triunfo firmísimo del heroísmo revolucionario.

De entonces a la fecha, esto es, en otra media centuria, la vida independiente, no siempre acorde con el sueño de los libertadores, fué pródiga con el positivismo audaz y corruptor, favoreciendo de ese modo un contraste desalentador con el superior nivel moral, que se agrieta de consuno, de aquellos forjadores de la patria común.

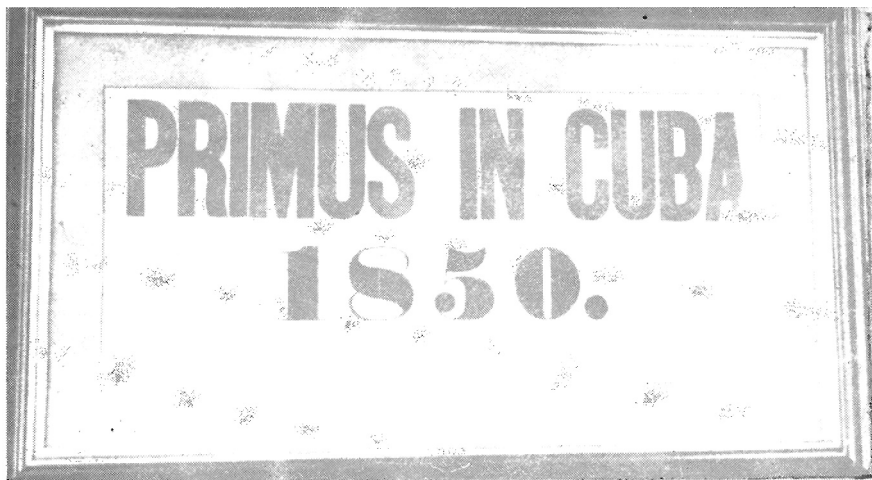
Y en tal trance en que en muchas conciencias aflojan los soportes de las glorias pretéritas, llegamos al centenario de la bandera nacional, de la bandera cubana, que es concreción de sublimes holocaustos que coloca-

ron a nuestro pueblo, en época culminante de su desenvolvimiento, en plano igual, si no más alto, que el de los más heroicos y abnegados, porque es ella cifra y compendio de idealidad y de excelso moral. Sea en buena hora; pero si a su influjo no puede producirse el milagro de que bastardos intereses, apetitos insaciables y rencores vulgares depongan su egoísmo intransigente, atenuando por un instante, en conveniencia de la patria misma, pasiones y malquerencias, para producir, en lo que debiera ser apasionado y venturoso homenaje de todas las clases sociales a los grandes muertos fundadores, la mera ilusión de un menor distanciamiento entre cubanos, no llévese tampoco la enseña a flor de labios, sino en la hondura silenciosa y limpia del corazón. Muéstresele, si se quiere, en la solapa, como prueba, al menos, de reverencia colectiva; aunque más saludable sería, ante la ciudadanía desorientada y escéptica, que algunos, situados por costumbre a espaldas del bienestar de la República, pudieran llevarla también prendida en el alma con recogimiento de verdaderos patriotas.

ABRIL DE 1950



Bandera que enarboló el General Narciso López en Cárdenas, el 19 de mayo de 1850,
que se halla en el Senado por donación del Dr. Manuel Sanguily y Arizti.



Este rótulo -- que pertenece al Dr. Manuel Sanguily y Arizti -- se le puso a la bandera enarbolada por el General Narciso López en Cárdenas, el 19 de mayo de 1850, cuando fué exhibida en el mitin en que, al regreso de su expedición, le aclamaron los cubanos de Nueva Orleans.